

Miércoles XXX del TO

Ciclo B



30 de octubre de 2024

Ef 6, 1-9

Sal 144

Lc 13, 22-30

P. Eduardo Suanzes, msp

La sociedad moderna va imponiendo cada vez con más fuerza un estilo de vida marcado por el pragmatismo de lo inmediato. Apenas interesan las grandes cuestiones de la existencia. Ya no tenemos certezas firmes ni convicciones profundas. Poco a poco, nos vamos convirtiendo en seres triviales, cargados de tópicos, sin consistencia interior ni ideales que alienten nuestro vivir diario, más allá del bienestar y la seguridad del momento¹.

En el Evangelio un desconocido hace a Jesús una pregunta frecuente en aquella sociedad religiosa: «¿Serán pocos los que se salven?» ¿Serán pocos?, ¿serán muchos?, ¿se salvarán todos?, ¿sólo los justos? Jesús no responde directamente a su pregunta. No le interesa especular sobre ese tipo de cuestiones estériles, tan queridas por algunos maestros de la época. Va directamente a lo esencial y decisivo: ¿cómo hemos de actuar para no quedar excluidos de la salvación que Dios ofrece a todos?

Pero es que, además, no responde directamente porque la pregunta está mal planteada. La salvación no es una línea que hay que cruzar, es un proceso de descentralización del yo, que hay que tratar de llevar lo más lejos posible². Lo importante no es saber cuántos se salvarán. Lo decisivo es vivir con actitud lúcida y responsable para acoger la salvación de ese Dios Bueno. Por eso responde: «Esfuércense en entrar por la puerta estrecha». Estas son sus primeras palabras. Dios nos abre a todos la puerta de la vida eterna, pero hemos de esforzarnos y trabajar para entrar por ella. Esta es la actitud sana. Confianza en Dios, sí; frivolidad, despreocupación y falsas seguridades, no.

Para acoger la salvación de Dios es necesario esforzarnos, luchar, imitar al Padre, confiar en su perdón. Jesús no rebaja sus exigencias: «Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso»; «No juzguen y no serán juzgados»; «Perdonen setenta veces siete» como su Padre; «Busquen el reino de Dios y su justicia»...

Para entender correctamente la invitación a «entrar por la puerta estrecha», hemos de recordar las palabras de Jesús que podemos leer en el evangelio de Juan: «Yo soy la puerta; si uno entra por mí será salvo»³. Entrar por la puerta estrecha es «seguir a Jesús»; aprender a vivir como él; tomar su cruz y confiar en el Padre que lo ha resucitado⁴.

¹ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Confianza, sí. Frivolidad, no*. En www.feadulta.com

² Cfr. FRAY MARCOS. *Preguntas y sugerencias sobre la salvación*. En www.feadulta.com

³ Jn 10,9

⁴ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *No todo vale*. En www.feadulta.com

Estaremos de acuerdo que una trampa es tanto más buena cuanto más invisible es: es su objetivo: hacer que se caiga en ella siendo invisible. Lo que nos está diciendo Jesús es que hay que despertar para ver la trampa mortal de nuestro propio ego. El yo egoísta, preocupado de sí mismo, tiende a «inflarse» de una manera inevitable y compulsiva: esa es su característica interna más profunda: pervive precisamente por eso. Esa es la estructura psicológica que arrastramos desde la más tierna infancia y que se ha adueñado de nuestra auténtica realidad como un caparazón envolvente. Ese yo inflando es el que justamente no puede *«entrar por la puerta estrecha»*

Por tanto, la invitación para alcanzar la «salvación» –no la que espera el yo, sino el "despertar" de la ignorancia y del sufrimiento- pasa por desidentificarse del yo. *«Entrar por la puerta estrecha»* es la desapropiación del yo, la abstracción de uno mismo: esa es nuestra verdadera identidad. Por eso los maestros espirituales que comprendieron la trampa y la vieron nos animan con los diferentes modos de una vida ascética para llegar a la desapropiación. Por eso, en la medida en que crezcamos en esa comprensión, notaremos también un movimiento interior a poner en práctica los medios que nos capaciten para vivirla⁵. La vida ascética, necesaria para entrar por la puerta estrecha, consiste en aprender progresivamente y observar a nuestro "yo" en cada uno de sus disfraces, ya sea eufórico o deprimido, sumiso o airado...para tomar distancia de él.

Jesús termina con un proverbio que resume su mensaje. En relación al reino de Dios, *"hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos"*. Su advertencia es clara. Algunos que se sienten seguros de ser admitidos pueden quedar fuera. Otros que parecen excluidos de antemano pueden quedar dentro.

⁵ Cfr. ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO. *La eternidad es ahora*. En www.feadulta.com